

# Cartas de un poeta a un dictador

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Al iniciarse el año 1931 la situación cubana estaba muy lejos de ser esperanzadora y muy sombrío se avizoraba el horizonte del país. El llamado *crack* de la economía norteamericana de 1929 había tenido una repercusión muy grande en la Isla y la exportación de azúcar, su principal rubro productivo, se había desplomado. El brusco descenso de los capitales y de la producción había incrementado el desempleo, las protestas de los obreros y la inconformidad de la ciudadanía. En el orden político, cada vez se reiteraba con más fuerza la esencia represiva del régimen de Gerardo Machado, quien había llegado a la presidencia en 1925 con un prometedor programa nacionalista, el lema “agua, caminos y escuelas” y el ingenuo entusiasmo de amplios sectores sociales, y había demostrado a continuación su verdadero rostro de gobernante autoritario y sin escrúpulos. Con el fin de prolongar arbitrariamente su mandato había modificado la Constitución y para acallar a los opositores no había tenido reparos en ordenar golpizas, detenciones, encarcelamientos, deportaciones y asesinatos.

En 1931 ya habían sido eliminados, entre otros muchos, el dirigente comunista Julio Antonio Mella, los líderes obreros Enrique Varona y Alfredo López, el Representante a la Cámara Bartolomé Sagaró, los periodistas Armando André y Abelardo Pacheco, el coronel del Ejército Libertador Blas Masó... El único centro universitario del país había sido cerrado a raíz de la manifestación estudiantil de septiembre de 1930 en la que Rafael Trejo cayó herido de muerte. La censura de prensa era aplicada sobre todas las publicaciones, los intelectuales eran hostigados por cualquier manifestación contraria al gobierno y ante esa atmósfera opresiva no pocos órganos culturales, como la valiosa *Revista de Avance*, tuvieron que cerrar sus puertas. Las galeras del Castillo del Príncipe y las circulares del Presidio Modelo de Isla de Pinos recibían cada día un mayor número de

miembros de la oposición. Para complementar la práctica represiva de los cuerpos policíacos, bajo el pomposo nombre de Liga Patriótica fue creado entre el elemento marginal habanero un grupo de choque, más conocido como La Porra, que se encargó de golpear y humillar a los participantes, tanto hombres como mujeres, de todo acto público en contra de Machado.

A mediados de aquel año el clima de tensión política, lejos de disminuir, se había incrementado. El régimen se negaba a todo diálogo y como único argumento recurría a las acciones de fuerza. Ante esa realidad, los sectores antigubernamentales decidieron apelar a la violencia. Fue en aquel momento de tirantez que el poeta Agustín Acosta alzó la voz para dirigirle una “Carta Abierta al General Machado”, que apareció publicada en la primera página del semanario *Bohemia* correspondiente al 21 de junio.

Agustín Acosta contaba entonces con 45 años de edad y con un sólido prestigio como poeta, respaldado por sus volúmenes de versos *A la* (1915), *Hermanita* (1923) y *La zafra* (1926), por los premios obtenidos en varios certámenes literarios y por sus frecuentes colaboraciones en diversas revistas nacionales. Ya por aquel tiempo se le identificaba, junto a Regino Boti y José Manuel Poveda, como una de las voces que había llevado a cabo el proceso de renovación de la poesía cubana en la segunda década del siglo XX. Y aunque se había incorporado a la vida política dentro de las filas del Partido Liberal y de los seguidores del coronel Carlos Mendieta, en realidad su participación en este terreno había sido discreta. Pero animado por una actitud cívica admirable y por un patriotismo fuera de toda duda, dio a conocer este documento público, consciente de las graves consecuencias que ese hecho podría acarrearle. Veamos algunos párrafos de la carta:

“General: No es con la pluma de los panfletos con la que escribo a usted esta

carta. No es tampoco con el lápiz de la ironía. Porque si la primera plasmara exaltaciones en este instante, o trazara agudezas el segundo, apenas podría decir a usted lo que siento, lo que tantas veces ha pedido usted que le digan con sinceridad.

“Escribo a usted, pues, con la misma pluma con que he escrito mis poemas a la patria; con aquella que no sabe de rencores, que ignora todo interior partidismo, y que si tiene el orgullo de su penacho no es porque sea penacho, sino porque no se ha manchado con los fangos del mundo.

“Soy más joven que usted, General, y no tengo el derecho de aconsejarle. Además, como adversario no quiere decir enemigo, acaso dará usted muy poco valor a mis consejos.

“No puede ocultarse que han fracasado las buenas intenciones que usted llevó al Gobierno de la República. Justo es confesar que si no toda, la mayor parte de la culpa corresponde a usted.

“Usted se dejó deslumbrar por las luces de las salas aristocráticas –cerradas hoy para usted– en las lejanas noches de exhibición en que era usted recibido como se recibe a un dios. Y no era usted un dios. ¡Era usted, sencillamente, un hombre deslumbrado!

“Usted se dejó seducir por la corte de serviles y de aduladores, quienes primero hicieron creer a usted que era hombre de superior talento –el providencial de los instantes anárquicos– y luego le persuadieron, además, con gran contentamiento suyo, de que era usted gobernante de fuerza incontestable. Desgraciadamente para usted, General, nada de eso era cierto. No es usted un hombre cerrado a toda manifestación de la inteligencia, si bien el cierre por usted decretado de la Universidad y las Escuelas Normales de Cuba parecen demostrar lo contrario. Es más: es usted un hombre de inteligencia clara, aunque es cierto que no ha podido ponerla al servicio de Cuba. Pero la luz ciega tanto como la sombra, y usted ha tenido en los últimos años un exceso de luz.

Dista usted mucho de ser un gobernante débil, pero no podía ser un gobernante fuerte porque le faltaba a usted la fuerza suprema: la razón.

“Y le faltaba también, General, eso que sólo está reservado a muy pocos gobernantes: el cariño de su pueblo.

“No es esta la hora de halagos ni de mentiras. Si el cubano que se dirige a usted no dice la verdad será porque le interesa falsearla, o porque vive el engaño consuetudinario, a la sombra del Presidente de la República. Yo no estoy en ese caso y al decir a usted la verdad sé de antemano que ella causará inquietud en su espíritu.”

Y más adelante afirmaba el poeta:

“General, usted tuvo la dicha de aparecer como el reivindicador a quien todos esperaban. Hombre que por la libertad había luchado era lógico suponer que sentiría por la libertad un sagrado respeto. Ningún corazón albergó la sospecha de que usted había de transformarse. Todos creyeron de buena fe –con esta buena fe cubana que es nuestra mejor virtud– que usted era el hombre llamado a salvar a Cuba, misión que usted mismo providencialmente se atribuyó en infinitas ocasiones. Y cuando usted juró ante todas las aras que jamás consentiría su reelección de Presidente de la República se hizo usted tan grande, momentáneamente, que casi no cabía en los corazones de quienes creyeron en aquel sagrado juramento.

“¡Ah! ¿Cómo habría crecido usted ante el juicio de la posteridad si usted hubiera mantenido la fuerza patriótica, la alabada pureza de aquel juramento! Es cierto que a estas horas no estaría usted en el poder, pero tendría algo que vale mucho más que el poder: tendría el amor de su pueblo, la sonrisa de todos los que pasaran por su lado, la frase dulce, la alusión generosa, el recuerdo saturado de las mejores fragancias del espíritu.

“Hoy es usted Presidente, hoy tiene usted el poder; pero está usted huérfano de todo aquello que, sin ser nada, llena toda una vida de patriota o de ciudadano. No tuvo usted amigos a su lado: tuvo usted hombres interesados. Tuvo políticos audaces que a la sombra suya ansiaron personalidad y fortuna. Tuvo usted parásitos, en fin – bellísimas or-

quídeas– que tras de haber envenenado su vida, han causado a usted un mal peor: han empañado para siempre su historia.”

“Esta hora no es de soberbia ni de ofuscaciones. Si es cierto que usted es patriota, si quiere usted dar a Cuba la prueba de su patriotismo con el noble reconocimiento de sus errores, suelte usted las riendas del poder que detenta contra los deseos de los cubanos; sacrifíquese usted; pero no con eso que usted llama sacrificio, y que es la continuación en el poder, sino deponiendo en aras de la felicidad de Cuba lo que hay de vanidad en todo gobernante y de soberbia en todo hombre que manda.

“Cuba está por encima de todo, general. No porque usted permanezca sordo a los gritos que están pidiendo su dimisión, dejan de existir esos gritos. No porque usted apele a la fuerza esos gritos serán apagados. Usted no es Cuba. Cuba es la sociedad entera que clama porque usted no permanezca en el poder. Tenga usted el valor tristísimo de darse cuenta, general Machado. Usted sabe que hay un minuto en que se mide la capacidad cívica de un pueblo, y un minuto también en que se decide su porvenir. Estamos en el primero de estos minutos. A usted corresponde la gloria del segundo. Compréndalo usted y obre de acuerdo con las ansias del pueblo, de acuerdo con las palabras vertidas muchas veces, pero hasta ahora no ratificadas con la singular acción.”

Por último declaraba Agustín Acosta:

“Piense usted, general Machado, que en la encrucijada en que usted se encuentra hay un camino todavía. No es el camino de la fuga culpable y llena de temores. Es el camino de la reivindicación y de la justicia, de la justicia que usted se haría a sí mismo, anticipando por su propia mano acontecimientos que habrían de serle dolorosos. El camino del respeto, en fin, de la lenidad histórica y del casi agradecido recuerdo. Porque si es cierto que usted puede hoy algo contra los hombres, recuerde que usted nada podrá contra la historia, que será inapelable sin dejar de ser justa.

“Piense usted en las noches futuras, general, en su vejez próxima, en la paz de su vida junto a los suyos, al amor del

siempre luminoso cielo de Cuba y de la fragancia de los jardines patrios. Piense usted en el tranquilo sueño y en el claro despertar. Y si esto no le mueve a una rectificación absoluta, a un renunciamiento total de poder, piense usted en las frías noches de otros países, en las maldiciones que atraviesan los mares, en Cuba lejana, a la que quizás no pudiera volver.”

Lejos de asumir una actitud receptiva ante esta firme, pero sincera y respetuosa carta, el régimen de Machado reaccionó de inmediato de un modo airado y prepotente en contra de su autor. Agustín Acosta fue detenido y confinado en una galera de la fortaleza de La Cabaña. Solo gracias al coro de protestas que se levantó y a las gestiones de sus amigos y simpatizantes en favor de su liberación, tres semanas después el poeta resultó excarcelado. A partir de entonces, hasta la caída de la dictadura, se vio obligado a llevar una vida de re-  
traimiento, semiclandestina.

La crisis política del país se hizo más intensa a partir de aquel verano de 1931. Nuevas organizaciones se sumaron a la lucha antimachadista y creció aún más el clima de violencia imperante. El régimen no eludió todos los medios de coerción posibles y, por su parte, los miembros de la oposición hicieron suya la táctica del atentado personal, el levantamiento armado, las explosiones y los sabotajes. Después de haber provocado un baño de sangre y de haberse visto sometido a fuertes presiones, incluso del gobierno de los Estados Unidos, la dictadura se derrumbó como consecuencia de una huelga general el 12 de agosto de 1933. Ese día Machado escapó vergonzosamente del país en una avioneta, acompañado por algunos de sus más fieles servidores.

Desde entonces residió principalmente en los Estados Unidos, donde disfrutó de las comodidades que le proporcionaron los caudales que había logrado trasladar más allá de las fronteras cubanas. Aunque también vio peligrar su estabilidad por las reclamaciones de extradición que le hicieron las nuevas autoridades de La Habana. Excrado por el pueblo cubano, sin poder retornar a su patria, tal como le había pronosticado el poeta en su carta pública,

el general Machado murió en Miami a los 67 años, el 29 de marzo de 1939.

En esa fecha ya Agustín Acosta había desempeñado, tras la caída de la tiranía, los puestos de Gobernador Provisional de Matanzas y, a continuación, de Secretario de la Presidencia durante el gobierno de Carlos Mendieta. En 1936 había resultado electo senador por la provincia de Matanzas como integrante del Partido Unión Nacionalista y había publicado un nuevo libro de versos, *Los camellos distantes*. Al conocer la noticia del fallecimiento del expresidente le dirigió una "Segunda Carta Abierta al General Machado", que es mucho menos conocida y resulta provechoso rescatar. Vio la luz en las primeras páginas de la revista mensual *El Espectador Habanero* correspondiente a mayo de 1939 y estos son algunos de sus párrafos:

"General:

"Ahora que ya es usted materia inerte, carne sin el soplo divino, amargo recuerdo para Cuba, ahora que usted ya no existe -*sic transit gloria mundi*- escribo a usted esta carta, punto final de aquella otra que escribí a usted en los días trágicos de su poder y de su gloria.

"Aquella carta, general Machado, que llevaba en su espíritu la mayor pureza patriótica de que yo haya sido capaz, tuvo una injusta respuesta: la prisión, el encierro incomunicado en distintas fortalezas y cárceles de la República, la tortura moral a que eran sometidos los hombres dignos que se rebelaban, por los sicarios de entonces, que aplaudían.

"Qué mal comprendió usted la angustia clamorosa de aquellas palabras que le invitaban a la reflexión! Qué mal pagó usted el consejo desinteresado!

"No deseo turbar con ásperos recuerdos el gran silencio por el que ahora transita su espíritu asombrado. Es demasiado pronto para que usted torne hacia acá sus ojos lucífugos y lance a la tierra que fue suya la gran mirada de los eternamente desterrados.

"No deseo turbar su reposo merecido, desventurado general. Quiero expresar a usted, como entonces, que tampoco escribo hoy con la pluma de los panfletos, sino con aquella que suele acompañarme en los días en

que pongo mi más claro pensamiento y mi más honda emoción en la felicidad de Cuba."

Y después de reproducir algunos fragmentos de su carta anterior, Agustín Acosta puso fin de la siguiente forma a esta otra misiva:

"Ahora, general, que está usted entrando en la gran basílica del eterno silencio, ahora que usted pertenece a la Historia, debo confesarle que ningún mal sufrido por usted causó en mí satisfacción alguna. Usted fue victimario, pero es honroso declarar que fue la víctima primera y más importante de sus propios errores, y, más que de sus errores, de los del régimen que usted inició cuando quiso dejar de ser el gobernante que sus dos primeros años prometían.

"Aquel endiosamiento de que fue usted objeto, aquellas aclamaciones sin motivo, las adulaciones siempre insinceras de hombres y de multitudes, el constante sahumero a su pretensa divinidad, desviaron el hermoso camino que usted debió seguir, confiscaron el tesoro de buena fe que usted acaso poseía, y acabaron por situarlo frente a su pueblo, contra su pueblo,

"Culpable, sí, pero no más culpable que los fariseos que, junto a usted, contra usted conspiraban inconscientemente, contribuyendo a hacer odiosa la magistratura que debiera ser para nosotros eje del más alto respeto ciudadano.

"En esta hora difícil para Cuba, general. mi juicio acerca de usted no puede estar exento de generosidad y de comprensión, porque usted fue vencido en la lucha empeñada, y porque hoy usted es una sombra que se aleja.

"A partir del día doce de Agosto de 1933, mi pluma y mi palabra silenciaron su nombre, porque mi leal y continuo ataque al gobernante poderoso, no hallaba noble la tarea de denostar a un cubano, por graves que hubieran sido sus equivocaciones.

"Yo no sé, general Machado, si estará usted a la diestra de Dios Padre, en el lugar incognoscible donde dicen que moran las almas que dejan en la tierra su carnal vestidura.

"Del mismo modo que nunca le oí, no conservo para usted rencor alguno. Cuán distinta pudo ser su vida, y cuán distinto el porvenir de Cuba, si

usted, sin la debilidad de aparentarlo, hubiese puesto su corazón al latido de angustia que aquella carta encerraba!

"Si es cierto que «los muertos son los invisibles, pero no los ausentes», retorne usted a Cuba, general Machado, y hecho esencia de lo que usted pudo ser y no fue, preste ejemplar enseñanza a los que no deben sufrir tan duro calvario.

"Sea usted el espejo en que se miren las conciencias responsables, en este incierto minuto de Cuba. Diga usted, única gran víctima de su propia tragedia, que es forzoso escuchar las opiniones de los que sin odios y sin envidias señalan los claros senderos; diga usted que es urgente prestar atención al clamor de los que se sienten defraudados, y rechazar la turbia irresponsabilidad de falsos pioneros, que si errar es de humanos, algo de divino tiene reconocer a tiempo el error que puede ser tumba de los ideales más caros y abismo de la más ilusionada esperanza.

"Y ahora, general, ahora que he firmado mi perdón, tiendo la mano a su recuerdo, ya que nunca a su presencia la tendí en la vida.

"La mano de leal adversario se alza en imploración a Dios, y solicita de El para usted, general Machado, un descanso consolador y eterno."

El gran escritor argentino Jorge Luis Borges, quien padeció los rigores del régimen personalista y autoritario del demagogo Juan Domingo Perón, aseguró en el artículo "Dele, dele", publicado en la revista *Argentina Libre* en agosto de 1946:

"...las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más abominable es el hecho de que fomentan la idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y muertas prefijados, muros exornados de nombres, ceremonias unánimes, la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor."

En 1931 nuestro poeta Agustín Acosta se consideró en el deber de combatir aquella "triste monotonía" del régimen del general Machado.

